



—¡Así es una noche de toreros! —grita Pablo Moreno, un empresario mexicano que ha apostado fuerte por el debut del caleño, y levanta su vaso con una mano con la que además sostiene un puro Montecristo.

Ricardo Rivera sonríe tímido, y enciende un nuevo Marlboro rojo. Está sentado con las rodillas juntas y, por cómo mira, parece estar pensando más en el toro de mañana que en esta «noche de toreros». Flaco y alto para un matador promedio, apenas saca la voz. Eso, hasta que comienzan a salir anécdotas de corridas. Y entonces uno habla de un toro, y otro de uno más grande, y otro de uno más grande aún, y entonces Rivera dice:

—Listo, ¡ya está! Tengo que dormir —y se para, mientras el resto, entre risotadas y brindis, lentamente se va del cuarto del hotel Camino Real.

El único que se queda acompañándolo, en la habitación amplia de dos ambientes, es Andrés de los Ríos, otro joven torero colombiano.

—Todo va a salir bien, marica —le dice De los Ríos.

—Sí, pero es que ya estaban hablando mucho, y no me gusta eso —se queja, y aspira el cigarrillo con fuerza. Con toda esa nerviosa fuerza de la noche previa a un debut.

#### MAÑANA

Amanece con sol fuerte en Guadalajara, la ciudad donde Rivera debutará como matador. La noche anterior no cenó casi nada, y en el desayuno da apenas un par de bocados: «Es mejor estar sin comida, por si te tienen que operar de urgencia», dice, mientras camina alrededor de la piscina que está frente a su habitación. Su última comida fuerte fue ayer en la tarde:

—Carne y ensalada. Carne a punto, muy buena.

—¿Te gusta la carne? —le pregunta el segundo reportero de los que se cruzará el fin de semana.

—Claro que sí.

Mientras una de las empleadas del hotel hace la habitación, Rivera cuenta que le costó quedarse dormido. Que toda la noche pegó «muletazos» y que toreó en la cabeza hasta que lo sacaban en hombros de la plaza. También cuenta que repasó todo lo que tuvo que ocurrir para estar aquí, en el día de su estreno.

Ricardo Rivera no viene de una familia de toreros. Su padre es un administrador de empresas de Cali, que de chico lo llevaba a los toros, y su

madre, ama de casa. De aquel matrimonio tiene dos hermanos, uno mayor, que es ingeniero civil, y una hermana que estudia Arquitectura. Ningún antecedente de matador, por eso todos se asustaron cuando a los catorce años dijo que quería ser torero. De tanto insistir, cuenta, en 1998 se inscribió en la escuela taurina de Cali:

—Esperaban que se me pasara, pero no se me pasó nunca —le dice al tercer reportero de los que se cruzará el fin de semana.

Durante toda la mañana lo llaman por teléfono o pasan por su habitación para saludarlo y hacerle entrevistas. Fuma varios cigarrillos, mientras se va moviendo de un lado a otro sin estar quieto.

Hoy es su tarde, su noche, pero ahora recién es la mañana y Rivera está ansioso.

Cuenta que a los diecisiete años se fue a España. Todo un año, a torear. «Esa fue la confirmación de que esto era lo mío. Pero se me hizo difícil, porque en España te toca pagar por torear. Más o menos dos mil euros por cada novillada. Tenía que llamar a mi papá para que me mandara; me mandó para una novillada y se acabó. Y en esa novillada me fue mal, corrí como loco. No fui capaz, la vi inmensa», cuenta, sabiendo que esta vez el dinero no lo pone su padre sino varias empresas mexicanas, y que aunque vea inmenso el primer toro de su vida, deberá quedarse quieto y torear.

Ricardo es el primer torero extranjero en tomar «la alternativa» en la plaza de toros Nuevo Progreso, la segunda en importancia de México. Y en «la alternativa», como le llaman al debut como matador, tendrá de padrino al famoso torero colombiano César Rincón.

—Después del viaje a España me retiré. Ya estaba matriculado en la Universidad del Valle, en Cali, para estudiar Arquitectura, pero por suerte me invitaron a correr a Guadalajara —le dice al cuarto reportero. El contrato era por una novillada, y de eso ya han pasado dos años.

#### TARDE

Sobre la cama de Rivera está su traje de torero, y a un costado la capa y las espadas. Sobre el piso hay una toalla, y sobre ella él, en calzoncillos, estirando músculos mientras escucha flamenco por el iPod. Gerardo, un famoso mozo de espadas de Guadalajara, ordena la ropa, y cuando Rivera detiene los nervios, comienza a vestirlo.

Primero un calzoncillo largo, luego unas medias rosadas que le llegan hasta los muslos.

El de hoy es el primer traje de torero que Rivera se ha mandado hacer. Los anteriores vestidos (él los llama «vestidos») eran todos de segunda mano. El de hoy lo compró con cinco mil euros que le prestó Pablo Moreno. Lo mandó a confeccionar a España, y lo irá pagando en la medida que mate más y más toros.

Mientras le van poniendo el traje, el semblante de Rivera cambia. Como una suerte de travesti sin tacones, con esta nueva ropa el caleño muta de personalidad: atrás queda el joven tímido y aparece un tipo de ceño fruncido, capaz de matar con sus propias manos un par de toros por jornada.

El traje es virginalmente blanco y con detalles de plata. Rivera dice que hay muchos catálogos para elegir el traje, pero que a él la decisión le salió fácil:

—No sé. Me hacía ilusión. Es un día tan importante en mi vida, es como la primera comunión, o más. Quería algo así.

Se mira fijo frente al espejo, mientras el mozo de espadas le amarra el pelo de la nuca. Uno de sus asistentes toma los bártulos del torero, y nos subimos a la camioneta que nos llevará del hotel al ruedo. Es un domingo tranquilo en Guadalajara, por las calles se ve a un par de niños con camisetas de las Chivas, y algunos anuncios de la corrida de esta tarde. Rivera va sentado en el lugar del copiloto, y pone un CD de canciones flamencas. Las cambia una y otra vez, sin alcanzar a escuchar ninguna más de treinta segundos. Cada tanto, se mira vestido de torero en el espejo.

—¿Cuánto puede durar uno de estos trajes? —le pregunta el quinto reportero.

—Hombre, me puede durar hasta hoy mismo. Me coge un toro y me revienta el vestido... Dios quiera que no, ¿no?

Alrededor de un matador en día de lidia, el paseo de asistentes y reporteros y amigos toreros no se detiene. Como si todos quisieran oler la adrenalina de un cuerpo que pronto va a estar matando, pero que puede terminar tumbado en el ruedo.

—¿Sabes cómo se mide si esta noche me irá bien o mal? —me pregunta a mí, el sexto, que me hospedo en el mismo hotel de Rivera y he viajado especialmente hasta México para cubrir su debut taurino.

—¿Cómo?

—El secreto está en el hotel.

—¿El secreto está en el hotel?

—Claro. Si esta noche triunfo, y corto orejas y salgo entre aplausos y mato bien a los dos animales, el hotel estará lleno. Habrá brindis, llamadas, celebraciones. Si esta noche me va mal, no vendrá nadie. Estaré solo en el hotel, si es que no estoy en el hospital. El secreto de todo esto, hermano, está en el hotel.

#### PLAZA

La gente está agolpada afuera de la plaza de toros Nuevo Progreso de Guadalajara. Cuando abren el portón, la camioneta entra directa al túnel que da a la arena. En la zona previa hay una ambulancia, un par de caballos y periodistas y técnicos de algunos canales de televisión y radios locales. Los periodistas se van sobre el debutante, que habla de ilusión, de ganas, de deseos de que todo salga bien.

La plaza está medio llena, o medio vacía, según sea el optimismo del lector de este cuento. Todos los toreros de esta tarde saludan al público, y el primer toro de la tarde, que corresponde a César Rincón, «el maestro» se lo cede a Ricardo Rivera. Esa ceremonia es «la alternativa».

El debutante va con el capote, «el maestro» le da la muleta, y el debutante le pasa el capote. Todo, con los otros dos toreros de la tarde como testigos: Ignacio Garibay y Joselito Adame.

—Ahora usted es matador —le dice César Rincón a Rivera, y se va.

En la arena está Ricardo Rivera frente a su primer toro y, desde un costado del ruedo, sus amigos le gritan instrucciones. El animal se llama *Siempre adelante*. El caleño le da la espalda, se mueve pausadamente, está nervioso, pero no pierde el control. Saca algunos *oleeeee, oleeeee*, y con una certera estocada logra meter toda la espada en la espalda del animal, hasta que este se cae de piernas cruzadas y se muere frente a los ojos del debutante.

Con el primer animal de su vida, Ricardo Rivera consigue oreja. Y con la oreja del toro en su mano derecha, recorre la plaza recibiendo el saludo de los espectadores.

—¡Grande, matador! ¡Así se hace, matador! ¡Matador de Colombia y México!

Si le va bien en México, Rivera quiere irse a España. El año pasado tenía catorce novilladas listas en España, pero no le dieron la visa y las perdió.

Y le confiesa al séptimo reportero:

—Pero yo quiero ser torero en España. Todos somos toreros para ser toreros en España, no en Colombia ni en México. En España son toros todo el año, y todos los días, y con dinero.

#### CAÍDA

Ya es de noche cuando Ricardo Rivera sale a torear el segundo animal, el último de su gran día. Su padre y su hermana han llamado por teléfono desde Colombia, y un asistente les ha contado que en el primer toro cortó oreja.

El segundo toro es más bravo y pesado. Rivera, con la oreja en el bolsillo, arriesga. Se acerca a su víctima hasta sentirle la respiración. Quizá para hablar con el animal: «Yo, con el toro, me comunico, le hablo con la mirada». Una de esas maniobras milimétricas, ajustadas, al límite, es interrumpida por un largo y nervioso grito del público: Oooooohhhhhhhhhhh.

Ricardo Rivera da una voltereta en el aire. Su traje blanco, comprado en España especialmente para hoy, se tiñe con un charco de sangre espesa. Dentro de la pista, los otros matadores corren a entretener al toro de la ganadería de Begoña, el animal de quinientos kilos que ha lanzado por los aires al debutante. Por detrás de la barrera, los amigos y asistentes de Rivera salen corriendo hacia la zona donde él intenta recuperar la respiración.

Se levanta con dificultad. Pide que lo dejen solo. El toro lo ha levantado por los aires, pero, para su fortuna, le metió el cuerno entre las piernas y no le llegó a reventar la ingle. Rivera, que perdió aire con la caída, se moja la cabeza, recupera oxígeno, escucha a sus amigos gritándole *vamos, vamos, matador, vamos que puedes, vamos que es tu día, vamos, marica, que todo está bien*, y con esos gritos retumbando en la oreja junto al aplauso de la plaza, Rivera regresa al centro del ruedo.

El animal vuelve a empujar para reventar al debutante, pero esta vez Rivera le hace un *ole*, y otro *ooooole*, y otro *ooooole*, y la banda de músicos le pone trompetas al siguiente *ooooole*. Una faena que termina con otra estocada certera, que mata al toro sin ayuda y que le concede a Rivera la segunda, y más arriesgada, oreja en su esperado día de estreno.

## NOCHE

Rivera sale de la plaza de toros a hombros, junto al joven torero Joselito Adame, según los expertos, el mejor torero mexicano de los últimos treinta años. Las cámaras lo siguen. Rivera levanta los brazos, y la mancha de sangre en su traje blanco le da a la escena carácter de bautismo. A la salida de la plaza le piden autógrafos, las chicas se le tiran a los brazos, los asistentes lo empujan a la camioneta para volver al hotel.

Apenas tapado con una toalla en la cintura, y con el traje ensangrentado apoyado sobre una silla, Rivera está tirado en la cama rodeado de asistentes y apoderados y representantes.

—Estuviste fenomenal, cabrón. La gente me lo decía en la tribuna. Estuviste más matador que nunca, cabrón. Con los cojones de un verdadero torero —le dice Pablo Moreno, vestido de traje y corbata amarilla.

—¿En serio? —pregunta Rivera, con la coquetería de quien no se cansa de recibir y recibir y recibir elogios por su primera vez.

—¡El mejor torero del día!

Cuando sale de la ducha, uno de los asistentes le cuenta que llamaron de Colombia su padre y su hermana. Rivera pregunta qué dijeron, cómo estaban.

—Tu papá está feliz con su hijo torero, te mandó felicitaciones.

En el hotel no cabe nadie más. Destapan botellas, se escuchan risas, aplausos y vivas. El asistente le dice que un reportero radial de Colombia lo quiere entrevistar en directo desde Medellín.

—Un saludo para mi tierra, que los quiero mucho —le dice, emocionado, al reportero número veintisiete del día.

La fiesta en la habitación del torero se alarga, y los zapatos hacen re-tumbar mi cama del piso de abajo. Escucho los vivas y gritos muy cerca, como si estuviera en esa habitación llena de gente y alegría, pero no, no estoy ahí, estoy en la mía, solo y sin recibir llamadas. Finalmente, era cierto: el secreto está en el hotel.